

DROGAS ¿UN PROBLEMA DE TODOS LOS JÓVENES?

El mundo de las drogas resulta ser un fenómeno complejo al que nuestros hijos, tarde o temprano, tendrán que enfrentarse. En todos los estratos sociales, en prácticamente cualquier zona de España, rural o urbana, hay acceso a las drogas. Esta realidad no la podemos obviar.

¿Quiere ello decir que nuestros adolescentes están abocados a tener problemas con las drogas? Rotundamente NO. Según diversos estudios (J. Mateu y P. Castells, 2004) la adolescencia es una **etapa que cursa sin trastornos** en un 80% de las personas. Tan sólo un 20% de los individuos experimenta trastornos de conducta. Y de estos, un pequeño porcentaje (difícil de cuantificar, pero próximo al 10%) tiene problemas relacionados con las drogas.

Una cuestión importante a tener en cuenta es que no debemos **caer en la ingenuidad**. Por jóvenes que sean nuestros hijos, desde muy pronto están en contacto, si no con las drogas, sí con los consumidores.

ALGUNOS DATOS RELEVANTES*

El alcohol y el tabaco son, con diferencia, las drogas más consumidas por la población española. La **edad de inicio** entre los adolescentes que consumen es aproximadamente los 14 años; luego parece haber un pico de incremento alrededor de los 17.

Según algunos estudios, si nos ceñimos a la **población escolar con edades entre 15 y 16 años**, los datos de las encuestas son bastante elocuentes:

- En los últimos 30 días, ha consumido alcohol el 22% de los menores en esa franja de edad.
- Esta cifra sólo es superada por Francia en el conjunto de los países de la Unión Europea.

* Procedentes de informes del Plan Nacional sobre Drogas y del Ministerio de Sanidad, referidos a los años 2003 y 2005.

Los datos referidos al **consumo de cannabis** revelan una realidad social emergente:

- Entre los 15 y los 16 años ha consumido cannabis en el **último año** el 33% de la población.
- En la misma franja de edad, en los **últimos 30 días** ha consumido cannabis el 20% de los escolares.
- La **percepción de riesgo** (creencia de que puede dañar la salud) del consumo esporádico de cannabis se sitúa en torno al 64% (en contraste con la cocaína, que es percibida como peligrosa por el 95% de la población).
- El 66% de la población mayor de 15 años considera que es relativamente sencillo adquirir cannabis, cuando 10 años antes, en 1995, el porcentaje era del 50,3%.

CONCLUSIONES:

- Uno de cada cuatro adolescentes entre 15 y 16 años consume cannabis de forma esporádica.
- Uno de cada tres adolescentes en estas edades cree que este tipo de consumo no causa daño. La misma proporción de adolescentes sabe cómo hacerse con esta droga ilegal.
- El hachís y la marihuana son las drogas culturales entre los adolescentes, compitiendo ya con el consumo de alcohol.



Estos datos, en sí, no tienen que alarmarnos. Pero sí debemos tener en cuenta que:



- Nuestros hijos viven en un mundo donde muchos de sus iguales consumen algún tipo de droga, legal o ilegal.
- Algunos de nuestros hijos quizá hayan probado algunas drogas.
- En la mayoría de los casos se trata de consumos experimentales y esporádicos.
- Es importante hablar con ellos sobre estas cuestiones.

Por tanto, no podemos desatender una realidad con la que nuestro hijo va a encontrarse, y ante la que tendrá que **tomar decisiones**.

Es bueno **ser conscientes** de este fenómeno porque toca de cerca (en el sentido casi literal) a nuestros hijos: algunos de sus amigos o conocidos consumen habitualmente; otros tan sólo han probado, muchos no lo han hecho, y algunos de ellos «se mueren de ganas» por vivir esa experiencia.

Tengamos claro que la opción de consumir no nace aislada en la mente de un adolescente. Son muchos los factores que influyen, pero resalta por su importancia la evidencia de que se trata de un **fenómeno grupal**. Raro es el joven que «se inicia» a solas.

Por otra parte, no es lo mismo haber probado que ser consumidor de drogas. Para esto se requiere una cierta **habitualidad**, aunque la frecuencia varíe (ocasional, intermitente, de fin de semana, diaria). Mucho más diferente aún es ser una persona drogadicta, lo cual significa no sólo un consumo frecuente sino unas características especialmente graves en ese consumo (necesidad de consumir, descontrol, síntomas físicos y fisiológicos, etc.). Por tanto, **no debe alarmarnos** exageradamente el hecho de que algunos de nuestros hijos tengan una primera experiencia, si bien sí debemos ocuparnos de ello. Sin duda, sería mejor que el riesgo del consumo no existiera pero no debemos magnificarlo, sino tratar de controlarlo.

—*Papá ¿probar el alcohol es malo?*

—*Bueno no es.*

—*Pero ¿soy un drogadicto si lo hago?*

—*No. No lo eres, pero puedes tener problemas si se convierte en una costumbre.*

—*Entonces ¿me dejas probarlo?*

—*Diego, tienes 13 años y tu cuerpo no está preparado para asimilar el alcohol.*

—*¿Y si lo hago en la calle? ¿Al fin y al cabo no te vas a enterar!*

—*Eres dueño de tu vida, pero ya sabes mi opinión.*



Podemos concluir, que el consumo de drogas conecta con otros aspectos de la vida de nuestros hijos, sobre todo con el uso del **ocio y del tiempo libre** y con el grupo de amigos.



PROBEMOS A

Preguntarnos qué cantidad de tiempo dedican nuestros hijos a ciertas actividades (escuchar música, Internet, hablar por el móvil, ver televisión, videojuegos, etc.) y cuestionarnos si es un tiempo razonable.

Tal vez sea necesario plantearnos reducir el número de horas permitidas para ciertas actividades. Y tratar de promover otras que supongan el desarrollo de valores como compartir, dialogar, cooperar, comunicarse o divertirse sanamente.

Nuestro papel como padres es velar por que nuestros hijos se relacionen con grupos diversos, y que el motivo de sus relaciones **no se limite a «estar» o «divertirse»**; que también incluya otras finalidades (desde colectivos scout a grupos que dedican su ocio a la práctica de deportes, el contacto con la naturaleza o actividades altruistas).

SUGERENCIA

Tengamos una conversación seria con nuestro hijo (y, en su caso, previamente con nuestra pareja), para reflexionar —sin imponer— sobre el empleo real de su tiempo libre, introduciendo o sugiriendo la posibilidad de alternativas.

Es evidente que no es sencillo que nuestros adolescentes acepten «sin más» las propuestas que les hagamos, pero al menos es bueno que sepan que nos interesamos por su vida más allá de sus obligaciones (tareas escolares y familiares) y en particular por su mundo fuera de las cuatro paredes del hogar.

